

CÓMO ESCRIBÍ “LA BIBLIOTECA DE AGUA” O CÓMO ORGANIZAR UN LIBRO DE CUENTOS

Clara Obligado

“La biblioteca de agua”, mi último libro de relatos, es parte de un experimento que abarca otros dos libros también de relatos en los cuales intenté sostener un pulso con la novela, dar a las colecciones independientes de historias un tejido que las sostenga. No se trataba, pues, de escribir un libro “con” cuentos, sino un libro “de” cuentos, e incluso de investigar un poco más allá, en esos límites difusos que se establecen entre los géneros.

Quería, también, hacer un homenaje a una ciudad, Madrid, en la que vivo desde hace más de cuarenta años, una ciudad muchas veces cuestionada desde fuera, que fue, a la vez resistente ante el fascismo y nido de fascistas, una ciudad entrañable a veces y dura otras, una ciudad como un pueblo –para mi, por lo menos, que nació en un gigante como Buenos Aires con sus tejados, y a la vez una ciudad caótica, ruidosa, una de las grandes ciudades europeas.

Cuesta escribir sobre Madrid, porque sobre Madrid hay muchos tópicos, de amor y de odio. Pero la realidad de quienes vivimos aquí es otra, hay tantas ciudades como entornos, tantas puertas de entrada como entradas en un laberinto. Una ciudad, sí, y una casa, situada en Lope de Vega, 2- en donde viví durante 16 años, en el Barrio de las Letras.

Con este punto de arranque, me propuse devolver al presente la historia de un tiempo ya pasado, y el tiempo se estiró, porque si hay algo que sentimos con fuerza en Europa los que venimos de ciudades más nuevas es el enorme peso del tiempo.

Volvamos al comienzo: quería escribir un libro “de” cuentos, que de alguna manera dialogara con la novela, que hablara de una ciudad sin sus tópicos, que rindiera homenaje a un espacio tantas veces cuestionado. Quería, también, que el texto se centrara en un solo punto y que, desde ahí, recorriera la historia. ¿Qué historia? Pues la historia de la ciudad. ¿Desde que fue fundada? ¿Desde ese origen escondido que le dieron los árabes? ¿Desde ese comienzo también negado? No: desde antes: desde que el mundo es mundo, ¿y hasta cuándo? Hasta el día de hoy, quería hablar de

la ciudad (las ciudades) colonizadas por los turistas.

Y, sí. Me gustan los retos. Me parece que si un escritor no enfrenta un reto a la hora de empezar un libro, difícilmente sostenga el esfuerzo continuado que tendrá que realizar. Que si no hay alguna propuesta que haga que, como los atletas, nos esforcemos para romper la marca, es difícil que encuentre dentro de mí misma el estímulo necesario para pasar horas frente al ordenador, días, meses, años.

Años. Tardé –ya lo sé a estas alturas- cuatro años en escribir este libro. Nunca he podido escribir un libro medianamente serio en menos de cuatro años. Así que, cuando voy a comenzar con un proyecto, procuro tener ante mí no sólo ideas y personajes, sino también algo que me estimule intelectualmente. Es decir: me gusta salir de un libro recién escrito con nuevas preguntas, y esa, es tal vez, para mí, la única forma posible del conocimiento. Por eso soy escritora, porque tengo preguntas y sólo las sé resolver erigiendo edificios de ficción. Para mí, como para un personaje del libro, escribir es “enmarcar el caos” y sacar de ese mismo caos algunas respuestas, y nuevos enigmas.

Y empecé a redactar “La biblioteca de agua” (que para entonces tenía otro nombre, tuvo decenas de nombres) desde un Génesis, hasta el día de hoy.

Avancé en la historia, cubrí los períodos que me parecieron más relevantes. Investigué hasta el cansancio. Visité los museos de Madrid, me perdí en los mapas. Hice cientos de entrevistas, tanto a futuros personajes (algunos antiguos vecinos, con los que pude conversar), como con especialistas en los temas más variados. Arquitectos, militares, historiadores, físicos, meteorólogos, (¿sabíais que una gota de agua tiene forma de panecillo de hamburguesa?) pasé horas en la biblioteca, hice un trabajo de investigación que parecía eterno, y que fue diseñando, poco a poco, la ciudad. La ciudad hacia arriba, porque también es cielo lo que vemos, y de Madrid al cielo, y la ciudad hacia abajo, porque lo visible se sostiene, siempre, en lo invisible, tenemos los pies hundidos en el barro. Las antípodas, en Castel Point, Nueva Zelanda. La ciudad a

la que llegué, tan oscura y pobre, y la que es hoy, con unos precios imposibles y el centro tomado por los turistas. La que tenía marcas de bombas en sus muros, la que fue borrada sin que se pusiera ni una placa, la ciudad sin memoria. La ciudad, desde el comienzo.

Pero el libro no terminaba de funcionar y, como si fuera un guante, le di la vuelta. Entonces conseguí una estructura inversa, un descenso en el tiempo. Desde el día de hoy, lo que somos, hasta el génesis, lo que fuimos, y allí la propuesta palíndroma, es decir, la de una estructura general que pudiera ser leída tanto desde el primer cuento al último, como a la inversa, sin que la historia variara. Un libro reversible. Buena idea. Y, con esta decisión, y mucho tiempo más de escritura, el conjunto estaba solucionado. Volvía a una intuición en la que hace tiempo que reflexiono: para contar lo inmenso, lo mejor es elegir lo pequeño, para decir muchas cosas, lo mejor es guardar silencio. Unas historias que, organizadas así, desde hoy hasta el origen, es decir, a la inversa, plantean la paradoja del orden del conocimiento, la enumeración, las prioridades. ¿Qué sucede si ya conocemos el final? ¿Qué sucede con la lectura, si lo ignoramos? ¿Qué sucede, por fin, si ignoramos lo que fuimos, si nos quedamos varados en el presente?

Cada cuento se sitúa en un momento particular de la historia de Madrid, y esto me exigía investigar mucho pero, a la vez, tenía que borrar la investigación, las fichas, y dejar que asomaran solamente cuando fuera necesario. Muy necesario. Pocas cosas son tan cansinas como el autor pedante que muestra al abrumado lector cuánto sabe sobre tal o cual tema. Borges decía “no hay camellos en el Corán”, y con esto quería indicar que no hay que mostrar lo obvio. Pues en mi libro, creo, no hay “color local”. No hay, espero, un exceso de información histórica. No hay escenas altisonantes. Por no haber, ni siquiera hay otros héroes que no sean los vecinos, la gente normal. Lo que somos nosotros, lo que pudimos ser, de haber vivido en esos tiempos. Detesto la épica, que no suele ser otra cosa que el relato de los vencedores, casi siempre hombres, las batallitas, la historia leída desde los dueños de



Fotografía de Manolo Yllera

la historia. Hay personajes que viven en diferentes épocas, que hacen guiños a la literatura, que ironizan con nuestra cultura. Bienvenida la ironía, cuando se habla de asuntos serios. Qué mejor lugar para hablar de la escritura, que “El barrio de las Letras”.

Y, como hilo conductor, el agua. El lema de Madrid dice “Fui sobre agua construida”, y sobre el agua flotamos. Madrid quiere decir “la madre de las aguas”, fue edificada, como Roma, sobre siete colinas hoy escondidas bajo el asfalto, y me pareció este un buen hilo líquido para unir, a través del tiempo, las historias, puesto que “nuestras vidas son los ríos”.

Madrid. Cuando camino hoy por esta ciudad –que podría haber sido cualquier otra- ya no veo sólo la superficie. De la misma manera que una escritura que se precie de tal tiene que dar lugar a otro perfil de las cosas, para mí la experiencia de escribir “La biblioteca de agua” me dio como regalo otra perspectiva del espacio en el que vivo. Más honda, más cruda, más vital, más necesaria. Una manera de mirar la vida no sólo en línea recta, sino también hacia arriba, abajo, hacia el



Fotografía de Isabel Wagemann

pasado y el porvenir. Investigar el espacio en el que habitamos, tratar de comprendernos en relación a él es, también, vernos a nosotros mismos no como individuos, sino como parte de un tejido que nos excede y que nos atrapa desde que el mundo es mundo. Es vernos como víctimas, y como verdugos, como seres que protegen, y seres abandonados.

Ahora, cuando camino por la calle de Lope de Vega y asoma El Retiro, veo a un rinoceronte primigenio, en Neptuno hay una tortuga gigante y una muchacha árabe que busca una fuente, o a una chica enamorada, en pleno romanticismo, camina con su sombrilla, las monjas del convento de las Trinitarias en la época de Lope de Vega albergan también a escritoras, la hija de Cervantes, pasa por Antón Marín la procesión de los condenados por la Inquisición, y unos abogados son asesinados a tiros. Tantas y tantas cosas que me destruyen, y me construyen.

Sobre este trabajo de escritura se apoyó el excelente diseño de la portada, que incluye un mapa, un paseo por el Barrio de las Letras, que bien podría ser cualquier otro barrio del mundo.

► Clara Obligado nació en Buenos Aires. Exiliada política de la dictadura militar, desde 1976 vive en España. Es Licenciada en Literatura, y ha dirigido los primeros talleres de Escritura Creativa que se organizaron en este país, actividad que ha llevado a cabo para numerosas universidades y diversas instituciones y que realiza de forma independiente.

En 1996 recibió el premio Femenino Lumen por su novela *La hija de Marx* y en 2015 el premio de novela breve Juan March Cencillo por *Petrarca para viajeros*. Ha publicado con *Páginas de Espuma* las antologías *Por favor, sea breve 1 y 2, señeras en la implantación del género en España*, y los volúmenes de cuentos *Las otras vidas*, *El libro de los viajes equivocados* (que mereció el IX Premio Setenil al mejor libro de cuentos de 2012) y *La muerte juega a los dados*. Tiene numerosos libros de ensayo, y es colaboradora en medios periodísticos. Su obra ha sido traducida a diferentes idiomas.

Acaba de publicar *La biblioteca de agua*, también en *Páginas de Espuma*.